

NOTAS Y COMENTARIOS

Juan Agustín García

El 23 de junio próximo pasado, falleció en Buenos Aires el doctor Juan Agustín García, profesor de Historia de América en la Facultad de Filosofía y Letras.

La prensa — con tal motivo — recogió y exteriorizó el sentimiento de tristeza y desolación por la muerte del prestigioso e ilustre escritor; en el sepelio de sus restos oradores calificados trazaron, con emoción apenas reprimida, la silueta del autor de la "Ciudad Indiana", discurriendo sobre el contenido de su obra sutil y profunda, que por los temas tratados y la expresión alcanzada, revela una comprensión más justa de nuestros fenómenos históricos. VERBUM publica un estudio meditado, exacto, sobre la significación de la obra de García entre nosotros. Creemos que es la manera más provechosa de recordar al desaparecido, aspirando a una mejor apreciación de sus ideas.

Lo que nunca se dirá bastante, es el vacío que deja entre sus discípulos. Para ellos fué un maestro incomparable, ejerciendo un irresistible encanto con su pensamiento diáfano, una sugestión profunda con sus palabras armoniosas, siendo una lección permanente por la delicadeza, sobriedad y mesura, que mostrara en la cátedra, en el libro, en la vida pública y privada. Nunca podrá olvidarse la emoción, la sensibilidad fina, con que enseñara su ciencia, tan seductora por la forma con que supo presentarla.

Publicamos las palabras del Decano, señor Rojas, en el acto del sepelio:

Señores:

Aquí está ya, dormido para siempre en su féretro, el cuerpo del noble amigo, del escritor insigne, del maestro ejemplar.

Ante la cosa funesta, una voz interior me dice: Hablar... ¿y para que?... Los muertos oyen mejor el silencio, y bajan

dichosamente a nosotros si los llama un callado pensamiento de amor convertido en plegaria.

— Cuando García andaba por el mundo, su espíritu sonreía de todo lo que pudiera ser vanidad. Sus oídos tolerantes ya no pueden oírme, aunque yo sé que si su espíritu flota sobre el túmulo funerario, podrá sonreír, acaso, de nuestros absurdos monólogos, pero no de la sincera actitud de nuestras almas, porque García era sensible a la amistad y cultivaba la ilusión de la gloria.

Yo no he hablado nunca en este lugar de tristeza, porque él reaviva en mi corazón la congoja de cuando vine a dejar en su tumba a mis muertos amados; mas he debido sobreponerme a tal apocamiento del ánimo y a toda aprensión literaria, para venir a llenar un alto deber, calificado por la representación oficial que traigo y por la propia excelencia del muerto ilustre a quien tributamos este homenaje.

El señor rector de la Universidad de Buenos Aires me ha encomendado la misión de hablar aquí, por los eminentes servicios que durante veinticinco años prestó Juan Agustín García a la más alta institución educacional de la República. Profesor de derecho, abrió nuevos horizontes a esta disciplina, contribuyendo a nacionalizarla y a explicar las formas jurídicas por fenómenos más profundos de la realidad social. Profesor de historia, renovó el contenido de esta enseñanza, contribuyendo a ampliar el primitivo relato épico por el análisis de la vida civil. Consejero de la Universidad, fué en todo tiempo una fuerza de moderación y de concordia, pues en medio de un ambiente caldeado por las pasiones, conservó su aristocrática serenidad.

Como decano de la Facultad de Filosofía y Letras, vengo también, por propia determinación, a explicar el sentimiento de la Facultad que dirijo. Allí le tuve entre mis colaboradores más valiosos; allí terminé de conocer la refinada complejidad de su espíritu: allí pude apreciar que el caballero y el camarada valían tanto como el maestro y el escritor. Fué un maestro en el más noble sentido de esta palabra, porque tuvo discípulos

formados bajo su influencia personal, que estaba hecha de doctrina propia y de sugerencias amables: caso raro en nuestras escuelas, aunque frecuente en países de más antigua cultura.

No debo analizar aquí la obra intelectual de Juan Agustín García; pero ella es de tal sutileza y trascendencia, que ha de pasar a ser tema de estudio en las cátedras donde él enseñó. Su labor docente y sus libros literarios señalan un momento de nuestra cultura. Algunas de sus ideas esenciales han pasado al acervo de la conciencia nacional y muchas de sus páginas mejores pasarán a las antologías como ejemplos de ritmo, de claridad y de proporción. Cualesquiera que sean las limitaciones con que pretendamos definir su carácter, su fantasía o su estilo, resultará de esa definición una figura singular y representativa en la generación a que perteneciera. Su nombre y su obra merecen lugar visible en la historia del pensamiento argentino. Porteño de buena cepa, deja a Buenos Aires la evocación de "la ciudad indiana", con su sacristán en los jardines del convento, con su cuarteona en los mercados de la plaza mayor. Patriota de antiguo cuño, deja a la Argentina la formulación de algunas ideas-fuerza que han guiado su evolución, desde los días heroicos del patriado, hasta los actuales en que ridiculizó el snobismo de las clases directivas y la incultura de las clases populares. Artista de buen humor, deja a las letras hispanoamericanas dos personajes simbólicos en Chiche y la Chepa Leona. Maestro amable, deja a la Universidad el ejemplo de cómo aun en los más graves debates, nos asistía con su experiencia docente, con su autoridad moral, con sus dotes de hombre de mundo, dándonos a beber el agua fresca de su tolerancia, endulzada a veces por la miel de su ingenio o picantemente sazónada por el grano de sal de su ironía. Por todo ello este discurso no es tanto un homenaje de protocolo, cuanto el emocionado adiós de los universitarios y escritores que al mirarlo partir para siempre, sentimos ya la nostalgia de su ausencia. Caso raro, su bondad era el metal noble que servía de engarce a su talento, y así brillaba, como el diamante en el oro, el ingenio del artista en la bondad del amigo.

Señores: quería yo a este amigo generoso, estimaba al caballero sin tacha, al camarada amable, al maestro eficaz, al publicista infatigable, al artista fino, al patriota inteligente. En muchos años de intimidad, ví que era uno de los más raros espíritus que ha producido nuestra raza. Así compenderéis que haya osado turbar con el rumor de mis palabras el silencio de su tumba, pues necesitamos, desde ahora mismo, rescatar de la muerte el nombre de Juan Agustín García, para entregarlo como una sugestión de cultura a la conciencia civil de su patria.

Quede en vosotros esta final afirmación, y vaya el discurso a perderse en la inmensidad sombría de lo que está más allá, como vano rumor de hojas secas sopladas por el viento de la noche.